

No quiero pintar paisajes henchidos de historia y de poesía, he reparado ahora en otros motivos más insignificantes como las nubes, las nubes de Extremadura que galopan, bogando y mirándose con regocijo en las aguas del Guadiana, hacia la raya portuguesa para adentrarse en el Atlántico.

Son nubes de algodón rizado extendidas en volutas y espirales en sentido vertical. Son las nubes que mi tío Adelardo pintaba en sus cuadros, como él las veía, con su temperamento de artista y que algunos críticos de arte desde Madrid no podían ver y creían fruto de su imaginación. ¡Qué lástima que no lo fueran! Son las nubes que Antonio Covarsí, mi abuelo, el montero genial, veía con frecuencia cuando miraba hacia Albalá y Elvas—colada blanca tendida al sol—, en sus cotidianos paseos del atardecer a la cabeza del puente de Guadiana. Son las nubes que yo he visto disolverse en los crepúsculos encendidos de rosas y campanitas, de violetas y azules en la lejanía lusitana. ¡Son las puestas de sol que inmortaliza en sus cuadros Adelardo Covarsí!

Sólo he visto estas nubes en Extremadura, parece que las estructura el agua del Guadiana con la sal del Atlántico y les presta arte y encanto la mirada portuguesa. Son nubes densas, bien henchidas de vapor—con sensación de volumen—que se esfuerzan en remontarse a los cielos y su mismo peso las retuerce, y las hace adoptar figuras de ensueños, fantasmagóricas: caballo blanco de crines blancas encabritado, coletazo de espuma en el aire, monstruo entre dragón y ave de cuentos de hadas, tirabuzón sedoso de una peluca dieciochesca.

No me recuerdan estas nubes la imagen del tiempo azoriniana. No es un ver pasar, ni un ver volver. Es la imagen del esfuerzo y de la acción. Es caminar hacia arriba. Es un torbellino de deseos que brota y se empeña en la subida. Es una imagen de dinamismo interno. Es esforzarse en la ascensión coronada de promesas. Son las nubes de los cuadros de Adelardo Covarsí.

E. SEGURA COVARSI

Madrid, 31 de Agosto, 1951.

Lea Ud.

« ALCÁNTARA »

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difundir,
dentro y fuera de nuestra región,
las letras extremeñas.

LA SIEMBRA

Sabes que yo era un pecho desgajado
cuando llegaste tú portando ramas
de ternura, de amor, de vida en llamas,
sembradora en mi yermo desolado.

Hoy, árbol violento, enamorado,
verdeciendo en la luz que tú derramas,
te voy queriendo en todo cuanto amas
por las ramas de amor que tú me has dado.

En cada esqueje nuevo, en cada brote,
hay el ímpetu joven de una flecha
que puede enamorar sin que se note.

Soy la fértil, la cálida cosecha
de esa siembra de amor que tú vertiste
sobre mi corazón, reseco y triste.

JUAN EMILIO ARAGONES